

Mariano Latorre

## ¿Quién la maneó?

### I



QUI comienza esta trágicómica historia de la selva austral:

La oveja, maneada con una correa de cuero rojizo, está bajo unos maquis, a la orilla de la cerca de palo a pique que separa la hijuela del camino. Un colono que pasa por ahí oye el balido y se acerca cauteloso. Largo rato observa a la oveja, presa de histérico espanto al sentir la presencia del hombre. Deja en la tierra el paquete de yerba y azúcar que trae del pueblo y se inclina, rebuscando la señal en la oreja. Rompe la parte superior del lóbulo descarnado una pequeña muesca. Y satisfecho, sonríe:

—O yo estoy entelao o esta señal es la de On Mardones.

Pero la perplejidad alarga las puntiagudas mandíbulas, forradas de pelos negros.

—Es la misma señal de On Mardones, pero ¿quién l'habrá maniao pu' aquí?

Mira en torno suyo, como buscando una respuesta a este enigma sin solución, pero los grandes robles que cierran el horizonte, los cilíndricos trozos de la cerca de palo a pique y las torcazas que parten el aire con áspero tableteo de alas no se la dan.

—¿Quién l'habrá maniao tan lejos de las casas?

Es ya la tarde. Tarde roja, velada por el humo ceniciento de mil roces, casi el aire mismo, que penetra en las umbrías o se disuelve entre las masas chatas de los matorrales.

Viene bajando el viento desde su trono de nieve. Está hoy bonachón y travieso. Como que es pleno verano. Golpea las nuevas hojas de los pellines y raulies y como si fuese una red invisible, hecha de hilos de aire, arrastra jirones de humo azul, píos de pájaros, canto de corrientes y hasta el tac tac de un motor que encuentra al paso y el tac tac cansado es algo que el colono conoce.

On Mardones, el propio dueño de la oveja y sus amigos, están trillando el trigo de la temporada en la vieja trilladora de On Landeros, el tacho de On Landeros, como dicen los colonos.

Hacia allá hay que ir. Una oveja, misteriosamente maneada, a la orilla de la cerca, no es algo corriente en la vida de la selva.

Atraviesa el potrero, salta un arroyo y allí, en medio de una nube de polvo rojo y de humo azul, traquea, convulsionada por el esfuerzo, la trilladora de On Landeros. Y el motor, tan viejo como su compa-

ñera, expulsa negros tirabuzones de humo, punteados de chispas.

El colono sonríe, como todos los colonos, al ver el tacho de On Landeros. Sonríen, pero ayudan, trayéndole su trigo, al viejo obstinado. Trilladora y motor son una pareja de viejos colonos, pegados a la tierra hasta la muerte misma.

Y en este paisaje idílico, en que la casa encarrujada de tejuelas o la selva solemnemente inmóvil, al fondo, forman la nota peculiar, el bailoteo ruidoso de la trilladora y del motor desvencijado, es la entrada del progreso en la selva de Collanco.

Unas carretas, vacías ya de gavillas, dormitan sobre sus pértigos lustrosos. Rumian los bueyes pensativos, bajo los robles. Y el montón de paja va creciendo, vomitado por la máquina, insaciable tragadora de espigas. Por uno de sus costados, sangra el valioso chorrillo de oro.

Cerca del motor, se ha improvisado una casucha de tablas. Ahí está el trigo de la maquila, y sentado sobre los sacos, algunos colonos, On Mardones entre ellos, el más próspero de Molco bajo, a orillas del lago Collanco. Ochenta años pesan sobre sus anchas espaldas. Sus ojos apenas ven, pero su cabello blanco está intacto. Rodea su cabeza oscura como un pañuelo sucio, torpemente atado.

El colono arroja, complacido, la gran noticia. Habla animadamente, multiplicando detalles del hallazgo. Y consigue su objeto. Brillan los ojos, saltan las

palabras, se agitan las manos, tostadas como los palos viejos. Sólo On Mardones, sordo y medio ciego, no se entera, aunque adivina que algo inesperado acaba de ocurrir en la tierra donde ha vivido más de medio siglo.

Los colonos van hacia la era. On Landeros, al verlos, detiene el motor. Es como si le diese descanso a su cabalgadura cansada. Se para también la trilladora y detiene la polea su sinuoso girar. Y al que descubrió la oveja manecada, entre unos maquis, lo rodean hombres, mujeres y niños,

—¿Quién la manearía? ¿Y para qué la manearían?

—¡Si es la señal de On Mardones!

—¡Puchas que son golosos!

—¿Quién será el zorro cebado?

Si la oveja, en lugar de la señal de On Mardones hubiera tenido una marca cruzada, es decir, dos muescas, arriba y abajo, que es la del rico de Temuco, la indignación sería a lo sumo malicioso comentario. Una complicidad indiferente resguardaría al ladrón y la oveja habría sido jugoso asado al palo bajo los robles reverdecidos o cazuela de sabrosas tumbas en cualquier rincón de la selva.

Alguien ha aconsejado ir hacia la oveja, pero un muchachón recio, de cuadrados hombros, que observa desde lo alto de una carreta, junto a la trilladora, salta a tierra. El polvillo de la paja molida le enrubia cejas y bigotes.

Ataja a los colonos y les dice:

—No sean lesos, hermanos. Hay que pillar al que sacó la oveja del piño.

Y la multitud perpleja se detiene.

—Hay que cuidar la oveja toda la noche, explica, porque han de ir a buscarla. No l'habrá maniao el diablo, digo yo.

Y los convence, pero acaba de aparecer On Mardones, acompañado de On Landeros y sin hacer caso de nadie, la señal de la oreja es suya, va en dirección del camino. Y a esto el muchacho no puede oponerse. La multitud sigue al dueño de la oveja maneada.

Aún está allí. Bala alarmada al sentir el ruido y en balde sus patas se estiran y se encojen, tratando de librarse de la ligadura. El viejo se inclina, intentando comprobar la señal.

—Es mi señal, es mi señal, balbuce con voz cascada e insegura.

Y agita su torcido bastón de avellano en vaga actitud de amenaza.

Una vez más, el vecino explica el hallazgo:

—Altiro la conocí. Si la señal de On Mardones es de las más antiguanas de pu' aquí.

El muchachón se ha inclinado sobre la oveja y observa cuidadosamente la correa con que está maneada, Se levanta y dice a los colonos:

—Esta correa con pelos alazanes es el cinturero de Moesto Espinoza.

Se miran las caras renegridas de los campesinos. Tratan de recordar si han visto esa correa con pelos ro-

jos y si la han visto, callar socarronamente. El colono apoya al acusador.

—Y agora que mi' acuerdo, por el camino vide al Duardo.

Una voz aventura la defensa:

—On Moesto está pa Freire, onde llevó unas vacas del rico.

Pero el muchachón refuerza su ataque:

—Cuando lo de l'oveja del indio Huirá, andaba pa Pucón, es que; pero el coltro bien que l'arrastró pal estero y la tapó con ramas de maqui.

Con cierto acento de amenaza, se alza la voz que defiende.

—Malo es agraviar a la gente sin haber pa qué. Continás que toos tenemos correas alazanas, que son del cuero del buey colorao que se le enmenucó al rico cuantu'ha.

El argumento los ha convencido al parecer. Vuelven a mirarse, sin expresión, las caras tostadas, inmutables. Una mujer grita con voz chillona, quejumbrosa:

—¡Tan sin asunto el testimonio que le levantan al compaire Moesto! ¡Y too porque le tienen ganas!

Se vuelve con rabia el muchachón:

—¡Ganas de qué le voy a tener al cuatrero de Moesto Espinoza! Al mismo se lo igo como que me llamo Peiro Mora.

—A toos los parolientos se les chinga al final, observa sentenciosamente un viejo cascarrabias.

Pero Mora no contesta. Ha convencido al viejo Mardones, su futuro suegro, que la oveja debe quedar en el macal. Y él y el vecino que la descubrió, van a dormir en el bosquecillo.

Se alejan los colonos hacia la era. Alguien observa riéndose:

—Será pa sacarle unas tumbas al viejo, porque ¿quién va a venir a buscar l'oveja con la zalagarda que si'ha armado pu'aquí?

—Tan lesitos que son la vieja Maitena y el niéto, replica otro. Por ey ha de estar aguaitando, encaramado en un roble.

Y la pregunta ¿quién la maneó? burlonamente pronunciada o con gravedad acusadora, revoloteará, bordonando como un sanjuan extraviado, en las carretas que vuelven a las pueblas o en las cocinas, al amor de los tizones de hualle.

La noche de la selva, con su esponja negra, ha borrado el paisaje semibárbaro. Del lago llega el lamento tan indígena de las hualas, pero en el horizonte, como una aurora roja, nunca resuelta en alba, el roce se alza por encima del muro sombrío del bosque, siempre amenazado y siempre inerme.

## II

El hombre que maneó la oveja de On Mardones no vino a buscarla.

Al cuajarse el día, Mora y el vecino la desataron,

sin que el animal hiciera resistencia alguna. Las endebles patitas debían sentir aún la dolorosa presión de la amarra de cuero.

—Medio empalá quedó, observa el vecino.

—A lo mejor tá muerta, agrega Mora, acercándose. Pero la oveja se yergue repentinamente y echa a andar, cojeando, hacia el campo.

Mora tiene en la mano la correa y enrollándola con cuidado, la mete en el bolsillo de su pantalón.

El colono se despide:

—Toy medio apuraón con mi triguito, On Mora y no sea cosa que se ponga a llover. La compañía ha de pensar que ya me tomé la plata de la yerba y del azúcar.

—Que le rinda el trigo, contesta Mora riéndose y que Oña Lasta no lo reciba en los cachos.

—Muchas gracias, On Mora.

Mora arrea la oveja hacia el corral de su futuro suegro.

• • •

On Landeros está caldeando su motor. La trilladora empezará, dentro de poco, su trabajo cotidiano. Ya, en el costado de los cilindros, espera una carreta, atestada de rubias gavillas. Otras asoman entre los claros del bosque, torres de oro, lentas y temblorosas, que rozan las ramas de los árboles con sus aristas de espigas.

Mora, el mejor cilindrero de la región, está acomodando los atados de espigas que ha de tragarse, incansable, la boca de la trilladora.

El tiempo ha tenido un ligero cambio. Nubes pesadas, de negro corazón, obscurecen el paisaje de cristal, siempre empañado por el vaho azul de los roces. Y los colonos trabajan afiebradamente. Conocen el genio de los cielos del sur, cambiadizo y traicionero.

El sol uniforma ese paisaje, aun no conquistado por el hombre; pero si la luz empalidece, el árbol aun vivo, sonoro de hojas y de cantos de pájaros, contrasta con el palo seco, roído por la llama del roce. Mano implorante o muñón colérico, alzado en gesto de protesta.

Y la indefinible relación va del árbol al hombre mismo. Del palo seco al colono haraposos, del roble verdeclaro y el esbelto laurel, al trigal de oro, tendido entre los tocones carbonizados, al rancho de tablas, desecho del aserradero o al derrengado tacho de On Landeros, aun milagrosamente vivo.

\* \* \*

Tal un caballo mañoso, el motor se empaca, la primera vez durante el día. La polea, anudada con correíllas, azota violentamente el suelo, levantando torbellinos de polvo. En el costado de la trilladora se estanca el chorro de oro.

Todos acuden en auxilio de On Landeros o, senci-

llamente, a cerciorarse de la magnitud del desastre. Aunque el motor y la trilladora forman parte de sus vidas, de la vida de la selva misma, la malicia asoma a las caras barbudas y aun a las palabras que le dirigen a On Landeros por vía de consuelo.

Pero el viejo refunfuña sin responder (es su política) y empieza a remendar una vez más y van ciento, las gastadas poleas.

Los colonos fuman y esperan, esperan y hablan sin cansarse. Acaban de llegar dos nuevas carretas a la explanada.

Un hombre bajo, de negra crencha revuelta, desata correas y desenyuga las yuntas. Las piernas cortas se mueven con tal agilidad que sus ojotas, color de camino, parecen tener diminutas alas invisibles. Y en pequeño, sus movimientos los repite un niño, también de obscuras mechas mestizas.

Un colono da la noticia:

—Ya llegó Moesto de Freire.

Un gesto, casi mecánico, alarga la cara de los hombres y mujeres hacia el recién llegado. Veinte miradas, presas del embrujo de esta pareja diligente que acondiciona las carretas emparvadoras y liberta a los bueyes cansados.

La escena del día anterior aun está viva en la memoria de todos. La oveja maneada, el vecino que la descubre, la señal de On Mardones; por eso, metódicamente, los cuarenta ojos buscan a Mora, inmutable en la boca de los cilindros, en lo alto de la trilladora.

Mora es grueso, de recia contextura indígena. Modesto es delgado, ágil, de correctas facciones castellanas.

Mora sigue en su tarea de cilindrero, sin inquietarse por la llegada de Espinoza. Y Modesto ha visto a Mora, pero finge no darse cuenta. Se acerca a sus conocidos, los saluda con afabilidad humilde. Le responden movimientos de cabezas, palabras a medio pronunciar. Saben que el encuentro se va a efectuar, tarde o temprano. Por eso no se impacientan.

Se ha sentado Modesto en la muesca que las hachas han labrado en el tronco de un roble, tendido no lejos del motor. Sus palabras son vivas, livianas, como un vuelo de chiriguas sobre los trigales maduros. Sus bromas se dirigen a On Landeros, atareado aún con la polea de su máquina.

—¿Y hasta cuándo se le va a empacar la manca vieja, On Landeros?

El viejo gruñe. Los colonos rien.

—Es que el ternero li'a quitao la juerza de tanto mamale, explica una voz, repentinamente envalentada.

Ahora llega el hijo. Se ha colocado junto a su padre y la semejanza resalta sorprendente. Es una cómica reducción del padre, aunque bien pudiera asegurarse que el padre es una ampliación del hijo.

El padre deja caer sobre la cabeza negra del niño una aucha mirada de ternura. El niño se estremece, como si lo recorriera misteriosa corriente de gozo in-

genuo. Y la frase, tan conocida en la comarca, palpita sin exteriorizarse, en los labios de todos:

—¡Cantidá di'hombre!

No hay embarazo ni miedo en la actitud de ambos. No son campesinos. Son rotos urbanos radicados en el campo. Y los callados colonos, sujetos al terrón como arbustos pertinaces, le temen por su valentía, por su astucia, por su desprecio a las autoridades y a todo, en la vida de la selva. Modesto no es árbol. Es el viento que lleva la chispa del roce y la semilla andariega y la lluvia inesperada.

No logró averiguarse, «cuantu'ha», si Modesto Espinoza y el hijo carnearon la oveja del indio Huirá. El hecho es que nunca se supo de la oveja perdida. Ni los carabineros ni el juez de Collanco comprobaron nada.

—Es que On Moesto tiene mucha palabra, explicaban los colonos.

—¿Y Duardo?

—Cantidá di'hombre, respondía cualquiera con acento burlón.

Ya la tarde va rayando con una greca de oro encarnado la cima del bosque. Ya chirría el pidén en las umbrías azules y llega del lago el lamento de las huallas. Los bueyes, están, de nuevo, frente a los pértigos. Las torres de oro de las parvas son un montón de sacos gordiflones, orejudos, sobre las camas de las carretas.

Modesto Espinoza anima a su yunta. El hijo,

«cantidá di' hombre», lo imita alegremente. Y sus palabras, al despedirse, tienen no sé qué de desafío y de seguridad en sí mismo.

—Pa l' otro año, On Landeros, es mejor que monte un molino, porque ya el trigo tá saliendo hecho harina.

Cobardemente adulones, ríen los colonos. Sólo Mora, en lo alto, gris de polvo la cara morena, mira de soslayo y amenazadoramente.

Hacia el corazón de la selva de Collanco van las carretas, cargadas de sacos. Corazón de hojas relucientes, sonoro de manantiales, bien oliente a ulmos y a laureles, salpicado de las chispas azules de las candelillas.

Yá obscuro, las carretas se detienen. En la sombra húmeda, un rancho es un borrón más negro que la noche. Un chonchón mira, con su ojo parpadeante, desde la obscuridad. Lo sostiene una vieja en su mano esquelética; al hombro, mancha blanquecina en la sombra, lleva un saco harinero.

—Buenas noches, On Moesto, saluda la vieja. ¿Cómo le fué por Freire?

—Vendimos a güen precio toas las vaquillas, por la gracia e Dios. ¿Y On Celedonio cómo está, Oña Juana?

—Ey se pasa, acholloncao, en un grito toíta la santa noche.

—¡Güena cosa de mal raro!, ¿no?

—Si parece castigo el cielo, mirevé.

Duardo ha cogido la bolsa de manos de la vieja y

abre uno de los sacos. El áspero, pero agradable ruidillo del trigo vaciado, se advierte muy bien en el silencio.

El padre, risueño, condescendiente, aprueba con su frase habitual:

—¡Cantidá di' hombre! ¿Es la maquila de la abuela, no?

El niño no responde. En sus pasos rápidos, en su alentar infantil, se adivina su gozo por la aprobación paternal. Modesto Espinoza agrega, burlón y convencido:

—Ni lo va a notar el rico.

El niño se echa al hombro la bolsa, llena de trigo. La vieja lo va alumbrando con el chonchón. Resuenan extrañamente sus palabras en el silencio:

—Muy agradecida, On Moesto, por el triguito. Ya no queaba ná en la callana.

—¿De qué, pues, Oña Juana? Los pobres tenemos que ayuarnos.

—¿Y en la trilla, cómo le fué?

—En la trilla muy bien, pero en Collanco toy en la mala. On Mardones ha d'estar agraviao, porque casi me pisó la cabeza. Hasta l'habla me negó. Ni may may me ijo.

—¿Qui' ha de saber el pobre veterano? defiende la vieja, si' está más pal otro mundo que pa éste. El enreaor es el Mora que le tienè ley. El jué el que ijo que la correa era suya.

—Así me noticiaron. Ice que yo le pego a los bo-

rrachos y que atenuó a eso le pueo golosear las ovejas a los paisanos, pero lu' hay de encontrar con el favor de Dios y entonces le iré que me cuente lo del' oveja manía con mi correa.

—Dios quiera que too se arregle pa bien, On Moesto.

—Buenas noches, Oña Juana.

—Buenas noches, agüelita, se despide la voz infantil.

—Buenas noches, mi' hijito, que se acuerda de su pobre vieja.

La cara del niño se ilumina. Son dos puntitos brillantes los ojos a la luz del chonchón. Maravillosa es, para él, la vida. Se inicia viril, prematuramente peligrosa para sus años, sobre la tierra nueva, entre los grandes árboles; sin patrones que vigilen y manden, en la libre perspectiva de la selva.

Toca apenas con su garrocha de colihue las ancas de su yunta. Y las carretas siguen su camino. Las pesadas ruedas deshacen la tierra de los declives o caen en los hoyos, ciñéndose a los poderosos ejes. Camino adelante, en el sendero apenas trazado.

—Tesa, Cordillera, grita la voz ronca del padre, asustando a los concones nocherniegos.

—Golondrina, tesa, se agudiza la voz del niño como un eco lejano que los une, no obstante, en la noche silenciosa.

A lo lejos, la quemazón pone su fulgor de aurora.

## III

La Candelaria se ha convertido en una fiesta típica del Sur de Chile. Fiesta de la Colonia, traída por los emigrantes chilotes al Continente.

Toda faena agrícola se interrumpe ese día. Y desde el corazón de la selva, en hirsutos caballos o en las veteranas carretas fletadoras, una muchedumbre alegre llena las veredas de las hijuelas o se encamina hacia Villarrica o a la orilla del lago.

Cerca de la casa de On Mardones, en la explanada que ya conocemos, se ha reunido un buen número de colonos del interior. El tiempo amenazante se estabilizó a las diez de la mañana en un día claro. Y el cielo sería una suave, desvanecedora caricia celeste si no lo empañase el hálito gris de los roces. A ratos, llega la quemazón lejana, ya en agonía, porque ha dejado de soplar el puelche, en una sofocante oleada de calor.

Bajo los árboles descansan los caballos de los colonos. Es pintoresca la policromía de sus pelajes. Raros tobianos, a manchas oscuras y blancas, tordillos escarchados, alazanes encendidos y los pardos, del color del barro de los pantanos. Y zainos y doradillos, que los nombres del Neuquén han venido, enredados en los labios de los arrieros chilenos, hasta la selva misma.

Sirve de cantina una carreta, sobre la cual hay una pequeña pipa de vino. Un viejo de barbas blancas mide en un medio litro abollado, el vino agrio, bauti-

zado con el agua del estero, que los colonos beben, sin embargo, con fruición.

Los hombres están armando carreras. Se habla de caballos y de jinetes. Se cruzan apuestas.

—Voy diez a la yegua zaina del rico.

—Cinco contra diez al alazán de Peiro Mora.

Y las mujeres, bajo los robles, fríen empanadas que, saltando en la sartén, remedan el ruido de las hojas o el reír del estero entre los quilantares.

Y una vez más insistiremos en la antítesis del paisaje y del caballo y la multitud desarrapada de la selva.

Limpio, brillante de luz el argentino hojecer de robles y raulíes; lucios, llenos de vida los caballos y bueyes. Y los jinetes, astrosos, de sucia pelambre, de grises hojotas polvorientas.

Pero en los inviernos, el poncho, tramado en los telares de los ranchos, destruye esa violenta disparidad. Bajo la pirámide, rayada de franjas multicolores de los ponchos, desaparece el harapo del colono y funde al paisaje y al hombre y hasta la selva misma, parece cubrirse con un enorme poncho, hecho de tierra parda y retazos de nieve.

\* \* \*

Acaba de llegar Mora a la carreta que expende vino. Monta «El Gringo», su famoso caballo alazán. Viste como un campesino rico. Blanca camisa, sombre-

ro de paño echado atrás como un gaucho. Gaucha es, igualmente, su montura, atestada de cueros y choapiños.

Viene contento y dicharachero. Generosamente ha convidado a los colonos que lo rodean, a los que han apostado a su caballo y trajeron el trigo a la trilladora de On Landeros.

Ya está hirviendo la espuma violeta en el medio litro del viejo. Y circula entre los colonos. Se echan para atrás, beben con ruidoso deleite y se limpian las bocas húmedas con el dorso de sus rudas manos.

Pero una voz enérgica, retadora, interrumpe al alegre beber:

—Ahora me va icir, On Mora, si yo soy el goloso que manió l'oveja de On Mardones.

Mora se ajusta en la silla y recoge las riendas del alazán. Sobre el reluciente pelaje pasa una vibración de raso.

Modesto Espinoza no se mueve, clavado en la tierra. Y a cinco pasos, su hijo, en la misma actitud de espera.

—¿Y por qué no lu'iba a icir, es qué?

—Eso será si sos capaz. Los hablones como vos atacan a la mala.

Se busca Mora, febril, en los bolsillos y muestra a todos la correa:

—Aquí está la correa y con ella te voy a manear como a l'oveja.

En la multitud que se ha ido acercando poco a poco

se ha inmovilizado un gesto cruel de expectación. Los dos hombres de la selva están, por fin, frente a frente.

—Si sos tan guapo, ¿por qué no te bajay del caballo?

—Que me emoro, contesta Mora, desmontándose rápidamente.

Ha dejado la chaqueta y la camisa nueva en manos de sus amigos. Modesto lo imita, arrojando el andrajo que le cubre los hombros, a los brazos de su hijo.

Semi desnudos, resaltan claramente sus diferencias. Bronceado el uno, sin vello casi. Blanco el otro, cubierto el pecho de largos pelos oscuros. Se van acercando, los puños cerrados, fruncido el ceño en una mueca rabiosa.

Modesto ataca repentinamente, en rápido salto adelante. Y con éxito. Una hebra roja raya la mejilla de Mora. Pero éste se limpia la sangre con el dorso del brazo y avanza sin inmutarse, como un tronco que se precipita por el declive. Modesto retrocede, esquivando los golpes. Hasta aquí lleva la ventaja.

La muchedumbre que los rodea se acerca o se aleja, sin hablar, tensa la respiración, según las peripecias de la lucha.

Se oye el jadear de los combatientes y los golpes secos de los puños cuando tocan los cuerpos. Están bañados en sangre, pero siguen peleando.

Mora logra arrinconar a su enemigo contra un árbol, cerrando sus potentes brazos por la espalda; pero

modesto resbala, como una culebra, entre los músculos, lubricados por el sudor y la sangre. Corre un corto trecho, agachado, en dirección al bosque. Se advierte su cansancio. De nada le han valido sus argucias en esta lucha cuerpo a cuerpo. Abierta la boca, respira ansiosamente. El sudor y la sangre le han moldeado un rostro trágico. El mismo que se refleja en los ojos límpidos de su hijo, a cinco pasos de distancia.

El muro humano, rompe, entonces, su mutismo atento. Se oyen palabras rudas, audaces, al darse cuenta de la derrota de Modesto.

—¡Bien merecido lo tiene por goloso!

—Con su misma correa se lo llevan al retén.

—Así hay que castigar a los que le roban al pobre.

Pero Modesto Espinoza no intenta huir. Caídos los brazos, cubierto el rostro de sangre, clava sus ojos fríos en esos hombres que lo odian y aguarda a Mora, todo él, vibrante de furia homicida.

Estalla, dolorido, pleno de congoja, un grito infantil. Los ojos del hombre se vuelven un instante en la dirección del niño; pero ya Mora está encima.

La lucha vuelve a comenzar. Los dos hombres son un solo nudo de músculos, en el que dominan las espaldas y los brazos bronceados de Mora.

La muchedumbre estrecha el círculo para presenciar el final de la pelea; pero de improviso, Mora afloja los brazos y se echa hacia atrás, azotando violentamente la tierra. En un gesto de agudo dolor animal, se recogen sobre sí mismas sus piernas musculosas.

El cuchillo en la mano derecha, se estira Modesto, desafiador e implacable.

—¡Lo mató!, grita una voz.

Caras ávidas se inclinan sobre el herido. Un sordo murmullo de indignación recorre a la multitud.

La agonía de Mora es rápida. Se desangra impetuosa su vitalidad de hombre fuerte. Su cara de bronce se ha tornado del color de la tierra, quemada por el verano. La poza de sangre, en un hoyo del suelo, es ahora, sólo una mancha negra.

—¡Qué hombre tan sin entrañas!, se queja una voz femenina.

Y sólo entonces se dan cuenta que Modesto y su hijo han desaparecido de la explanada.

—Pero las va a pagar todas juntas, amenaza una voz.

—¿Y quién lo va a pillar? ¡Si conoce todos los rincones de la montaña!

—Nu'ha d'estar muy lejos, dice un colono.

—Si éste es capaz de ejar su puebla y su familia y no volver más, observa otro con desaliento.

La muchedumbre se aparta de improviso. Acaba de llegar la novia de Mora, la hija menor de On Mardones. Ha tenido tiempo de echarse un manto negro sobre la cabeza. Fija la mirada, avanza hacia el cadáver. Se arroja sobre él, lanzando gritos agudos y entrecortadas frases de cariño. Y la multitud, con esa solemnidad típica de la gente campesina, contempla impasible la escena dolorosa.

—¡Y decía el indino que no peleaba a la mala! observa alguien.

—S'iban a casar espúes de la cosecha, apunta sentenciosamente una vieja.

• • •

Claro de la selva. Un caballo espera, amarradas las riendas a las ramas inferiores de un roble. El hombre salta a la silla. Rápidas, cortantes, son sus palabras:

—Díle a tu mama qui'hable con el rico. Pál lao e Calafquén toy yo.

Las manos del niño, dos arañas histéricas, restriegan la cara bañada en lágrimas, angustiosamente.

Crujen las hojas secas, partidas por los cascos. Una risa de chucao, lejana ya, le advierte al hijo el paso del caballo por un punto de la selva.

Así termina la tragicómica historia de una oveja maneada en las selvas del Sur.